

«HOMBRE BESADOR, POCO EMPEÑADOR»

“Este refrán —dice Correas— inventaron muxeres”¹. La afirmación, en la que no falta socarronería, viene a solucionar —por lo menos para un ejemplar del vasto acervo paremiológico español— el problema de su origen (o razón), sobre el que se ha dicho bastante y se ha conseguido poco².

Correas, más que otro de los grandes compiladores, supo extraer el jugo humorístico del refranero, quizá por su incomprometida y objetiva actitud ante el material que exponía. Como sabemos, pesa sobre los refranes, a manera de incómoda herencia, atributos de verdad inapelables, juicio sentencioso, didáctica superior y gracia literaria. Pedro Vallés, uno de los que en este campo compite por la fama, define el refrán como “dicho célebre y insigne por alguna novedad deleitosa y sutil, o por más declarar . . . , un dicho antiguo, usado, breve, sutil y gracioso, oscuro por alguna manera de hablar figurado, sacado de aquellas cosas que más tratamos . . . La antigüedad les da autoridad y gravedad para sua-

¹ *Vocabulario de refranes*, ed. Louis Combet, Institut d'Études Ibériques et Ibéro-Américaines, Bordeaux, 1967, p. 169; en adelante *Vocabulario*. He corregido en el título la ortografía característica de Correas, pero la respeto en los demás textos que cito de ésta y otras fuentes.

² Véanse las líneas que sobre el asunto tiene F. LÁZARO CARRETER en su artículo “Literatura y folklore: los refranes”, en su libro *Estudios lingüísticos*, Crítica, Madrid, 1980, pp. 207-217. Si tuviera algún objeto, sería cosa de especular por qué un distinguido conocedor de la materia, como Correas, atribuye autoría de manera tan contundente, ya que el refrán tiene (como tienen muchos) una variante poco inspirada, que probablemente inventaron mujeres, pero no las mismas ni con el mismo propósito: «Hombre besador, poco engendrador» (recogido por F. RODRÍGUEZ MARÍN, *12 000 refranes no contenidos en la colección del maestro Gonzalo Correas*, Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, Madrid, 1930).

dir fácilmente”³. Quienes se interesan en el tema saben que algo de esto es verdad, sobre todo la oscuridad que hace a los refranes necesitados de glosa con frecuencia, y sabe también que con la misma frecuencia un refrán contradice otro, de modo que su capacidad suasoria se debe más a la oportunidad con que se aplican que a su contenido intrínseco.

De su verdad inapelable, de que son “evangelios chicos” (que vale como definición aun para los escasos usuarios de nuestros días), descrea Feijoo, quien discute esa opinión —pasado el furor paremiológico de los siglos XVI y XVII— en su *Falibilidad de los adagios*: “Toda la impugnación de vuestra merced se reduce a que la proposición de que la *voz del pueblo es voz de Dios*, es adagio; por consiguiente debo admitirla como verdadera, porque los adagios son evangelios breves . . . ; pero el que los adagios son evangelios breves es otro adagio, y quien niega la verdad del primero, dicho está que niega la verdad del segundo. Con que, es menester que vuestra merced pruebe ésta; y si sólo la prueba con otro adagio, y aunque sea con mil adagios, nada tenemos; porque si a mí la cualidad de adagio en una proposición no me hace fuerza para admitirla como verdadera, lo mismo será de otra cualquiera que se me quiera hacer tragar con ese título”⁴. Y procede luego a desbaratar medio centenar de estos evangelios.

Así, sumidos en graves análisis, los compiladores antes y los exegetas ahora, olvidan el humor⁵, quizá porque olvidarlo es sencillo, quizá porque, cuando está ahí, destacarlo es tautológico. Entre esos refranes de humor que —como buena parte del acervo proverbial— se ubican en el resbaladizo territorio de las relaciones humanas, hay algunos que atañen a una de sus variantes menos sencillas, a propósito de la cual dice Mal Lara: “Es la verdad que, considerando bien este negocio, no era para escribirse, pero teniendo entre manos la materia y viendo que ay de todo en ella, somos obligados a tratar cosas que hasta ahora no han tratado muchos, y dízense en nuestra lengua cosas que, pidiendo razón, no

³ *Libros de refranes*, Zaragoza, 1549; copio del exhaustivo estudio de LOUIS COMBET, *Recherches sur le “Refranero” castillan*, Les Belles Lettres, Paris, 1971, p. 11 (en adelante, *Recherches*).

⁴ *Obras escogidas del padre Feijoo*, B.A.E., t. 56, p. 552.

⁵ Lo destaca Combet en pocas páginas del segundo capítulo (segunda parte) de su estudio, con un matiz crítico y social; el humor debe ser tema de escaso interés para los especialistas, porque sólo menciona un artículo de A. A. Parker (p. 126, nota 19), inaccesible para mí.

se sabe dar. Porque en castellano ay pocos libros curiosos que aprovechen para saber. He preguntado a muchos que por qué se llama uno cornudo. Y como el dicho es tan odioso, me responden que si es pulla. Esto dizen los más alterados. Otros, que no han provocado tal cosa. Otros, que les guarde Dios de tal sobrenombre. Otros, que no es menester saberlo''⁶.

No es este estado la única manifestación de infidelidad que documenta el refranero, pero es la más notada, quizá por el simbólico artificio de los cuernos, cuyos orígenes, perdidos en los meandros del folklore, han dado lugar a ciertos escritos, no por breves menos ilustrativos, como, por ejemplo, el artículo que a este propósito tiene Covarrubias, la inquisición que hace Panurgo en su largo peregrinar y exhaustiva encuesta, las glosas de Mal Lara, ciertos tercetos de Diego Hurtado de Mendoza, algunas misceláneas jocosas de Quevedo, ciertas comedias y varios sombríos dramas. Hay más, sin duda; enumero aquí lo que tengo en las manos.

LÉXICO DEL INFAMADO

En busca de la raíz del término, dice Covarrubias⁷ que "cornudo vale tanto como *corde nudus*" y que según Alejo Venegas, quien a su vez consigue la infirmación de otra fuente, "los maridos de las adúlteras se llamaron cornudos por ser divulgados luego en los pueblos como si los propagasen en trompeta y los judíos usaban en lugar de trompeta el cuerno". Aunque aventura que su raíz puede estar en el árabe o en el hebreo, supone también que puede provenir de un corrupto *curruca*⁸. A esta curruca alude la

⁶ *Filosofía vulgar*, ed. A. Vilanova, Selecciones Bibliográficas, Barcelona, 1958, 4 ts.; la cita, C 4,1 (la letra y el número que le sigue corresponden a la centuria; el último número, al refrán).

⁷ *Tesoro de la lengua castellana o española*, Turner, Madrid, 1979, s. v. *cornudo* (en adelante *Tesoro*).

⁸ Ave misteriosa a la que se imputa el hábito de empollar los huevos que el cuclillo deposita en su nido después de comerse los que en él encuentra; por transposición se moteja de cuclillo al cornudo que cría hijos ajenos. En realidad, *curruca* (o *curuca*, *corruco*) —tanto como nombre de ave cuanto como sinónimo de cornudo— parece un curioso error lexicográfico. Corominas (*DCEC*, s. v. *acurrucarse*), quien reúne las definiciones registradas en diversos diccionarios (*Academia*, *Autoridades*, *Tesoro*, etc.), comprueba que en ninguno coincide la descripción del ave. El *Nouveau dictionnaire latin-français* de Benoist y Goelzer, s. v. *curruca*, dice "fauvette qui couve les oeufs de coucou . . .", que coincide

Moria, quien atribuye a los buenos oficios de la estulticia que “la esposa resulte agradable al marido y éste a su mujer, la casa permanezca tranquila y haya concordia. [El marido] es objeto de risa, se le llama cornudo, *curruca* y qué sé yo cuántas cosas más . . .”⁹

Estas cosas más —para el área del castellano, por lo menos— están bien averiguadas y clasificadas en “La sinonimia en el lenguaje marginal de los siglos XVI y XVII españoles”¹⁰, de J. L. Alonso Hernández, quien las recoge del *Vocabulario* de Correas y de cierta literatura picaresca y satírica. Algo de ese léxico es, sin duda, inspiración única (el *cornicantano* de Quevedo), otro es de uso muy restringido, o ha salido de este campo semántico, como *buey* y *cabrón*, y casi todo es curiosidad de diccionario.

Los términos más comunes parecen ser, según enumeración de Correas, “kornualla, kuklillo, zervantes. Nonbre kon ke se motexa de kornudo, komo kon ziervo y kabrón” (*Vocabulario*, p. 707). Pero la explicación del mote varía —aunque no es regla estricta— según la naturaleza de la ofensa, según el conocimiento o ignorancia que de ella se tenga, según la aquiescencia o reticencia a la misma. A más del término que es origen e inspiración de los demás, y de los que se mencionan arriba, se cuentan *paciente*, *manso*, *sufrido*, *blando*, *cordero*.

Ejemplos de los primeros se encuentran en dos glosas de Sebastián de Horozco¹¹:

con la descripción de Covarrubias en el artículo citado y también bajo *cuclillo*. El *Trésor de la langue française* no menciona *curruca* en su definición de *fauvette*. La única fuente de *curruca* es la sátira 6, 276 de Juvenal (*tu tibi tunc, uruca [curruca], places fletumque lebellis*); no duda Corominas de que ésta sea también la única de Covarrubias, como lo es de otros acervos, y de que, por encontrarse el término en los peores manuscritos, se trate de “una mala lección de *eruca* o *uruca* [gusano]”, que se hallan en los más confiables. “En una palabra, concluye, este artículo debe borrarse de los léxicos latinos y esta etimología se desvanece al analizarla”. Comentario parecido se lee en el *Lexico Totius Latinitatis*, s. v. *curruca*: quienes prefieren *uruca*, “certum esse videtur, neque *currucam*, neque *urucam* esse vocem Latinam. Recentiores philologi *eruca* praeferunt”.

⁹ ERASMO, *Elogio de la locura*, trad. P. Rodríguez Santillán, Alianza, Madrid, 1984, cap. 20.

¹⁰ Que tiene como subtítulo “Los sinónimos de delator, cornudo, ojo”, *AO*, 22 (1972), pp. 305-349.

¹¹ *Teatro universal de proverbios*, ed. J. L. Alonso Hernández, Univ. de Groningen-Univ. de Salamanca, Salamanca, 1986 (en adelante, *Teatro*; cito por el número del refrán y añadido puntuación y acentuación). Ésta es, dice el editor, p. 863, la única fuente de *manso*.

Buen hombre debe ser el que lo suyo reparte; y para más merecer, quiere que aun en su mujer sus vecinos tengan parte.	Buen hombre, manso, inocente aunque son palabras tres, juntas y apartadamente significan un paciente y aquel que cornudo es.
---	--

Manso es su sobrenombre porque a nadie hace guerra; y por dino de renombre a semejante buen hombre llaman cornudo en mi tierra.	(«Pato, ganso y ansarón, un ave son», 2300)
---	--

(«A buen hombre llaman
cornudo», 166)

Buen número de *sufridos* presenta Quevedo, quien, para que no haya confusión en el asunto, los clasifica y caracteriza: los *sufridos a secas*; los *sufridos vanos* ("que se encabezan con títulos y grandes; pero éste es más ruido que provecho"); los *sufridos rateros* ("se llaman amigos de amigos . . . y forman en su casa un garitillo para que se diviertan todos . . ."); los *sufridos estadistas* ("acomodados a lo útil")¹². A diferencia del manso o del paciente, que otorga porque calla, estos sufridos son los que hacen industria de la situación. A ellos se refieren unos tercetos de Diego Hurtado de Mendoza —severamente criticados por Mal Lara¹³— que en parte dicen:

Sólo él [el cuerno] basta a sanar de la pobreza
Por él vemos que muchos abatidos
Vinieron a subir a gran alteza.
Por él vemos que a más de mil maridos
Les sobran amistades y dineros,
Que vivieran, sin él, no conocidos¹⁴.

Pocos son (por no decir escasos) los refranes que aluden al usufructo, y entre los dialogados, que presentan a marido y mujer

¹² *Vida de la corte y oficios entretenidos de ella*, pp. 22-23. En las páginas que siguen cito también *El siglo del cuerno*, *El mundo por de dentro*, todas por la edición de Astrana Marín, *Obras en prosa*, Aguilar, Madrid, 1941.

¹³ "No faltó quien en Italia no provó su ingenio en loar los cuernos, de donde se sacaron las coplas y rimas que ay en castellano hechas, poesía mal empleada, y así no tuvieron la ventura de dezirlo bien"; alusión indudable, dice el editor, a esos tercetos (véase *Filosofía*, t. 2, p. 16, nota).

¹⁴ *Obra poética*, ed. William Knapp, Imprenta de Miguel Ginesta, Madrid, 1877, p. 459.

satirizando, discutiendo y aun considerando la situación; éste parece único por su contenido: «Marido, cornudo sodes.—Mejor es que hinchar odres»; sobre él dice Mal Lara:

Aviendo casado un holgazán con una muger de buen gesto, y teniendo por officio ser odrero, afrentávase tanto de tresquilar cabrones, de hinchar los cueros y odres, que le bastó aquello para no trabajar. Y viendo la muger el poco recaudo que tenía en él, hízole una larga plática, como ella no ganava cosa en hilar y que por otra parte era menester mantenerse ambos en todos los adherentes de los casados. Y diziéndoselo muchas veces, dízele el marido que le da licencia a que lo buscasse como lo pudiese. Ella comenzó a convertirlo en ciervo, y venía provecho entrambos. . .” (*Filosofía*, C 5,4)

Hay un ñar más sobre el que no se puede arriesgar opinión. Correas no glosa éste, que parece variante, «Marido, buská otra rrenta, ke kuesta muí kara la kornamenta» (*Vocabulario*, p. 526); otro es el oscuro refrán «Hombre que sufre cuernos sufrirá [los] dientes menos», que cabría en el mismo grupo si nos dejáramos convencer por el comentario de Mal Lara: “Lo que no se sabe, poca pasión da, pero sabido y no remediado arguye dos cosas: que al hombre se le da poco en ello, o que no puede más. Aquí nasce el sufrir, de donde le llaman hombre de bien y paciente, y por donde la ley lo viene a castigar del lenocinio que usa. Y como es menester la comida, assí más la honra. . .” (C 4,45).

En *El siglo del cuerno*, acuña Quevedo una variante —mencionada arriba— del término común: “No me espanto de que ahora es vuesa merced cornicantano, como misacantano. . .” escribe un veterano de estas lides a otro al parecer apenas iniciado; alude con ello a que su corresponsal ha recibido todas las órdenes, según se lee en el *Diccionario de Autoridades* (s. v. *missacantano*). En *El sueño de la muerte* presenta a Diego Moreno (“un muerto de buena disposición, bien vestido y de buena cara. . .”), que se ubica en la clase de los *pacientes*; se trata, dice Alonso Hernández, del “cornudo por excelencia” y el suyo es nombre folklórico, que, como otros de su categoría, representa acciones y situaciones de tipo diverso (art. cit., p. 331)¹⁵.

En cuanto a *cucillo*, que al parecer tiene razonable antigüe-

¹⁵ A este léxico debe añadirse el de *cuerno*, que AMÉDÉE MAS ha recogido de toda la obra de Quevedo en su libro *La caricature de la femme, du mariage et de l'amour dans l'oeuvre de Quevedo*, Ediciones Hispano-Americanas, Paris, 1957, pp. 104-112.

dad y difusión, dice Correas, quien descrece de la explicación ornitológica (cf. *supra*, nota 6): "lo ke en esto ai semexante es: komezar el nonbre de kuko o kuklillo por ku, komo kuerno. Al ke kondenavan por tal le emplumavan i le ponían en la kabeza unas plumas largas"¹⁶. Mal Lara, en su comentario extenso y bien documentado al refrán «Cu, cú. Guarda, no seas tú» (C 4,10), se atiene, en primer lugar, a la tradición que asocia ciertos hábitos del horticultor con el primer canto del pájaro "... que los hombres que fueron hallados en adulterio por afrenta vulgar eran llamados cuculillos. Nació esto de los viñeros que començaron a podar las viñas tarde, y que no acabaron de podallas antes de que fuese oýda esta ave, que viene a reprehender a los labradores de tardones. Imitando la boz desta ave, los caminantes burlavan a los que en aquel tiempo podavan". Lo mismo se lee en el emblema 60 de Alciato —a quien señala la glosa de Mal Lara—, que en la traducción libre de Bernardino Daza¹⁷ dice así:

¿Qué causa tiene (dime) el caminante
Para dezir Cu Cu a los labradores?
Porque canta el cuculillo un poco antes
Que entre el verano, y deven las labores
De la vid acabarse antes que cante
Esta ave, que con otros más primores
Sus huevos en ageno nido asienta,
Como el que a la muger agena afrenta.

No tengo manera de saber si el término, con el significado que aquí interesa, era común en Europa occidental en los siglos xvi y xvii, ni es imprescindible. Un par de fuentes¹⁸ lo remontan a

¹⁶ *Vocabulario*, p. 708, y el refrán «Por mí kantó el kuklillo. Por el xuez kantó el kuklillo»: "Ivan dos kaminando, i kada uno tenía al otro por kornudo. Oieron kantar el kukú i dixeron uno a otro: 'Por vos kantó'. —'No, sino por vos'. Agraviados ambos fueron a kerellarse, i el xuez, vista su lokura y porfia, dexólos gastar, i al kabo sentezió ke por él kantó. . . ." (p. 479). La misma anécdota en TIMONEDA, *Sobremesa y alivio de caminantes*, Madrid, 1928, (facs. de 1ª ed. de Valencia, 1569), Iª parte, cuento 70.

¹⁷ Lyon, 1548-1549, reproducido por Editora Nacional, Madrid, 1975, p. 205. En su libro *La bourle et son interpretation. (Espagne, xvi^e-xvii^e siècles)*, Université Lille III, 1982, pp. 248-249, presenta MONIQUE JOLY, entre otros, este texto de Alciato y unos versos de la sátira séptima de Horacio, como testimonio del hábito, al parecer común, de echarse pullas escandalosas entre labradores y caminantes.

¹⁸ *Lexico Totius Latinitatis*, s.v. *cuculus*; *Dictionary of phrase and fable*, de E. Cobham Brewer, Philadelphia, ca. 1890, s.v. *cuckoo*.

la *Asinaria* de Plauto, en cuyo acto 5 (y final) se lee *Cano capite te cuculum uxor ex lustris rapit* (tu mujer te saca de este antro, cuclillo de cabeza cana). En cuanto a la época moderna, Alonso Hernández, en el mismo artículo, opina que pudo inspirar la relación con los cuernos el copete que tiene el ave, más la fama de aprovechada que la caracteriza, o puede haber alguna “influencia del francés *cocu*, que aparece en la acepción de ‘traicionado de mujer’ hacia el siglo xvi”. Quizá antes; el *Trésor* ubica la difusión de *cocu* como variante de *coucou* entre los siglos xiv y xv, fechas aproximadas que da también para *cockold* (nuestro término en inglés) el *Oxford English Dictionary*. En todo caso, son testimonio de su vigencia versos de una canción que se halla en la comedia de Shakespeare *Love’s labour’s lost* (acto 5, esc. 2)¹⁹:

When daisies paid, and violets blue,
And lady-smocks all silver white,
And cuckoo-buds of yellow hue,
Do paint the meadows with delight,
The cuckoo then, on every tree,
Mocks married men; for thus sings he,
Cuckoo;
Cuckoo, cuckoo. O word of fear,
Unpleasing to a married ear.

LAS CLASES

Hay dos —dice Covarrubias—; una de los que ignoran su situación y no dan motivo para ello: “por este tal se dixo que el cornudo es el postrero que lo sabe, y compárase al ciervo”; otra de los que sospechan o lo saben, a quienes se compara con el buey “que se dexa llevar del cuerno, y por esso llaman a este paciente”. En este grupo podría ubicarse al Lazarillo, a menos que confiemos en las afirmaciones que el arcipreste hace en contrario, y sin duda está en él Diego Moreno, quien en su mansedumbre jamás había dicho “bueno o malo”: “Yo dicen que no dije malo ni bueno, y es tan al revés, que en viendo entrar a mi casa poetas decía: ¡Malo! Y en viendo salir ginoveces, decía: ¡Bueno! Si vía con mi mujer galancetes, decía: ¡Malo! Si vía mercaderes, decía: ¡Bue-

¹⁹ *The complete illustrated Shakespeare*, ed. H. Stouton, Park Lane, New York, 1979, t. 1, p. 98 (reimpr. de la ed. de 1859-1861).

no! Si topaba en mi escalera con valientes, decía: ¡Remalo! Si topaba con obligados y tratantes, decía: ¡Rebueno!" (*El sueño de la muerte*, p. 229).

A esas clases, digamos, principales, pueden añadirse las subclases que el léxico deja entrever y que Govarrubias describe al final de su entrada, en las cuales, con diverso grado de perversidad, se acomodan los sufridos descritos por Quevedo y señalados por los tercetos de D. Hurtado de Mendoza. Unos son los disimulados, que saben y callan, "porque hallan en su casa lo que ellos no han comprado ni traído a ella de joyas, arreos, vestidos"; otros son los "bellacos que más parecen rufianes como son de sus mugeres que maridos". A éstos imponía pena una antigua ley, a la que alude Mal Lara: "el que [sufre el adulterio] es demasiado su flema, y por eso lo castiga bien la justicia, que lo açote su misma muger" (C 4,1 y 45). Covarrubias habla de una ley de partida, que no se ejecutaba ya en su época, por la cual se castigaba al rufián de su mujer con la muerte; "pero comunmente —añade— lo sacan con un casquete de cuernos en la cabeza y una sarta al cuello de otros; y se usa alguna vez irle açotando la muger con una ristra de ajos"²⁰, castigo culinario para el que el lexicógrafo encuentra razones prácticas y simbólicas que vale la pena hacer constar: "la primera es, porque siendo la condición de la hembra vengativa y cruel, si le dieran la facultad de açotarle con la penca del verdugo, le abriera las espaldas. . ."; la segunda, porque "los dientes de los ajos tienen forma de corneçuelos o porque la ristra se divide en dos ramales en forma de cuernos".

Falta entre las enumeradas la clase del cornudo imaginario, que es tal vez el más famoso, reconocido y ponderado de todos, porque ha inspirado buenos versos de complicados dramas saturados de inseguridad, sospecha y desconfianza. Le perturban los celos, como a Otelo²¹, o el deshonor, como al Gutierre de *El médico de su honra*, de cuya atribulada irracionalidad —según tengo

²⁰ En el *Diccionario de Autoridades* (y en el *Tesoro*), s. v. *cornudo*, se menciona otra ley que daba derecho al ofendido a presentar queja ante la justicia si alguien le motejaba de "gato, o doméstico, o cornudo, o traidor, o herege" (cf. el refrán cit. *supra*, nota 16).

²¹ A donde lo va llevando la persuasiva argumentación de Iago (acto tercero esc. 3 del drama): "O, beware my lord of Jealousy; It is a green-ey'd monster, which doth mock/ The meat it fids on; that cockhold lives in bliss/ Who, certain of his fate, loves not his wronger;/ But, O, what damned minutes tells he o'er,/ Who dotes, yet doubts; suspects, yet soundly loves!"

entendido— hizo burla después Molière en su comedia *Sganarelle (Le cocu imaginaire)*²².

Aunque, en verdad, los celos y la sospecha (o la nada científica necesidad de experimentar, que para su mal pone en ejecución el Anselmo del “Curioso impertinente”) son camino para terminar justamente en aquello que se quiere evitar: «Onbre zeloso, el kuerno al oxo», porque, comenta Correas, “kon zelos suelen dar okasión a las muxeres”²³. En la glosa del mismo refrán, Mal Lara trae a colación, como es su estilo, ejemplos clásicos y modernos de celos, tema en el que al parecer tenía alguna experiencia —intelectual por lo menos—²⁴, y cuenta una bonita historia (suya, probablemente, como otras de la *Filosofía*), que no sirve para ilustrar el refrán, pero sí para que llegue a su conclusión sobre el asunto: en lo que se refiere a la mujer, conviene que los soporte con paciencia; en cuanto al hombre, lo mejor es “proveer que no aya celos, ni se piense ninguna cosa de su muger sin porqué, ni se avergüencen en llamarles tales nombres, que tome por remedio ella de ponerlos por obra, que venir a remediar a la postre, gran necedad es. Ciertamente, que en la necedad de muchos está la maldad de sus mugeres, y en el poco mirar por su honra y echar a burla las cosas que después han de ser gran deshonra”.

Esos consejos beatos no coinciden en absoluto con la historia apócrifa que el médico Roubilis —a quien visita Panurgo en una etapa de su encuesta— cuenta a propósito del dios Cornamenta. Cuando Júpiter puso en orden la administración del Olimpo, olvidó a este dios, razón por la cual se vio obligado a compartir honores con la diosa Ceiosia; dominaba sobre los hombres casados y pedía por sacrificios “sospecha, desconfianza, mal humor, acecho, recelo y espionaje” de los maridos sobre las mujeres, y si en esto no cumplían, Cornamenta no visitaría sus casas, con lo que se

²² Comedia de enredo en un acto; en el largo monólogo de la escena 17, Sganarelle considera, con manifiesta cobardía, la necesidad y desventaja de defender el honor que supone maltratado (“Et quant à moi, je trouve, ayant tout compassé, / Qu’il vaut mieux être encor cocu que trépassé”); *Oeuvres*, ed. E. Despois, Hachette, Paris, 1875, t. 2, pp. 197-201.

²³ Y también «Hombre celoso de suyo es cornudo»; «Hombre celoso no escapa de cornudo y espantado» (*Teatro*, 922 y 1307; el primero se halla, además, en *Vocabulario*, p. 169 y en *Filosofía*, C 4,46).

²⁴ “. . . tengo escripto esto largamente en una comedia que se verá con el tiempo, llamada *Celosos*, y en un libro que trata de amores honestos llamado *La Cytherea*, ambas perdidas; esta cita y la que sigue en el texto, C 4,46.

perdería la sal del matrimonio, y los maridos se verían en peligro de "padecer y aburrirse con sus mujeres sin corrival alguno"²⁵.

PERSONAJES DE LA TRÍADA

Vástago de una larga tradición es este cuento recogido por Timoneda (*Sobremesa*, núm. 69):

Tenía un aldeano una muger hermosa, la cual se rebolvía con un criado de casa. Y como el marido sospechasse, ella, para deshazelle la sospecha, díxole un día: "Señor marido, havéys de saber que por haverme requerido de amores mi criado, y porque vos veáys si es assí, le he prometido esta noche de aguardarle junto a la puerta del corral; por tanto conviene que hos vistáys de mis vestidos para aguardalle en el mismo lugar". Dicho esto fuese al criado, y, contado su negocio, díxole: "Toma un palo, y en venir que le veas vestido de mis vestidos, dale con él diziendo: «Tan ligeramente me havías de creer, perra traydora, que esto no hazía sino por provarte»". En fin venidos al puesto, haviendo rescebido los palos el cornudo, dixo a su criado: "De no ser tú tan fiel como lo has mostrado, se pudiera dezir de mí «cornudo y apaleado»". Mas no dixo el criado sino «sobre cuernos penitencia».

El último es un venerable refrán que se encuentra ya en Santillana²⁶; el primero es su variante, aunque no la única, y todos tienen su explicación en el no menos venerable cuento copiado aquí²⁷. Todos destacan el engaño —sustancia de estos refranes— y la astucia de la mujer, que se pondera siempre más como falta que como virtud.

²⁵ F. RABELAIS, libro tercero de *Pantagruel*, ed. y trad. E. Barriobero y Herán, Anaconda, Buenos Aires, 1944, p. 261.

²⁶ ELEANOR O'KANE lo recoge en su libro *Refranes y frases proverbiales españolas de la Edad Media*, Real Academia Española, Madrid, 1959, p. 94.

²⁷ «Tras [sobre] kornudo apaleado, i anbos satisfechos» (*Vocabulario*, p. 509); «Cornudo y apaleado, mandalde baylar», «Sobre cuernos, siete sueldos» (*Filosofía*, C 4, 11 y 92). Mal Lara da como muestra, en el primero, los golpes que sufre Pirgopolinice, el *Miles gloriosus* de Plauto, ejemplo que no tiene otra razón que los golpes, porque quien recibe el castigo en la comedia es el soldado seductor; en el segundo remite, con más razón, a un cuento que se halla en el libro noveno del *Asno de oro* de Apuleyo (véase también la nota 42 de VILANOVA, *Filosofía*, t. 2, p. 188). Mujer astuta y marido engañado se encuentran ya en el "enxenplo del omne, e de la muger, e del papagayo, e de su moça", *Libro de los engaños* (ed. John E. Keller, Castalia, Valencia, 1959, pp. 15-16).

El engaño tiene su ocasión —y aun su necesidad— como demuestran el cuentecito y los pocos refranes que individualizan al tercero en discordia. Este carece de misterio ya que es parte de la común vida de relación: vecino, amigo, cura y hasta el mozo, aunque este último apenas figure en la letra del refrán y aparezca sólo en la glosa, en especial de la *Filosofía*²⁸.

“Ni abad por vecino”, dice en parte un refrán, y lo confirma el nutrido grupo de los que caen sobre las reprochables debilidades de la comunidad eclesiástica, una de las cuales es su escaso recato en la cuestión sexual: «El kura, komo no tiene en kasa quien le dé pena, klava y espeta los oxos en la axena» (*Vocabulario*, p. 106); esta es explicación razonable, pero no única, para lo que parece abundancia de clérigos adúlteros. Según afirman los sufridos estadistas, “lo mejor es eclesiásticos”, por el beneficio económico que aportan. Pero aunque la situación parezca ser la misma en el estrato social que muestra Quevedo y el que presenta el refranero, el punto que los diferencia es, en este último, la ganancia sin esfuerzo y tal vez la necesidad: «Hixa María, ¿kon kién te kieres kasar? —Kon el kura, madre, que no masa y tiene pan» (*Vocabulario*, p. 590). Abundar en este aspecto del refranero anticlerical significaría repetir —con menos destreza— el minucioso análisis que hace Combet a base de un artículo de R. Jammes, quien dice a propósito del tema: “les prêtres n’étaient certainement pas les seuls responsables des mésaventures conjugales à cette époque, et leurs excès en ce domain ne suffirent pas à expliquer l’animosité du peuple à leur égard. . . En réalité, si le clergé séculier représentait un tel danger pour la paix des ménages, c’est essentiellement à cause de la supériorité de son pouvoir d’achat, qu’en faisait un rival redoutable, auquel la misère vertueuse ne pouvait guère résister. . .” (*Recherches*, pp. 197 ss.).

²⁸ «Tres eran, tres, un mozo i un viexo i un fraile después»; «Todo sabe a verenxenas» (*Vocabulario*, pp. 511 y 503), aunque en éste, el ejemplo es al revés: “Un señor pretendía el amor de la muxer de un kriado. Sabiéndolo el kriado, le konbidó a una merienda, i diole diferentes kosas gisadas todas con verenxenas. Sintió el señor en todo el sabor de verenxenas i dixo que le sabía a ellas; rrespondió el kriado: ‘Sí, señor, todo sabe a verenxenas’, dándole a entender ke todas las muxeres son unas, tan *verenxena* la axena komo la de su kasa”. Véase en la *Filosofía* el refrán «Váyase el diablo para ruyn, y quédese en casa Martín» (C, 6,20), y «Contigo duerme, contigo come, quien te los pone»: “Puédese dezir del moço, que tiene alguno en su casa, y comiendo y estando todos en una casa, viene la muger a ser como la de Putiphar y él no con la bondad del casto Joseph; paresce ella a Phedra y el moço no a Hypólito, por nuestros peccados” (C, 4,4).

Apenas cabe extrañarse de que los otros responsables "desmesaventures conjugales" sean amigos y vecinos. Poco cuesta imaginar que el comadreo (goloso ir y venir y "darse buen día", condenado por fray Luis en el capítulo 3 de su *Perfecta casada*), y la vida de relación cotidiana eran campo más o menos llano que podía favorecer el contubernio: «Komadre i vezina mía, démonos un buen día. —Señor vezino i konpadre, kon mañana y tarde» (*Vocabulario*, p. 430). Las quintillas que glosan los refranes siguientes exageran probablemente la frecuencia del adulterio y el número de los participantes, pero creo que no se yerra si los consideramos síntoma de situaciones, aunque no comprobadas, intuitas:

«Un vecino y dos cornudos»

Úsase de tal manera
tan comúnmente esta fiesta,
que ya, mi fe, dondequiera
hallaréys harta madera
para nueces de ballesta²⁹.
(*Teatro*, 3126)

«Currúcate acá comadre, mientras viene mi compadre»

En caso de humanidad
anda todo tan putesco,
que no se guarda amistad,
compadrazgo, ni hermandad,
ni a las veces parentesco.
(*Ibid.*, 626)

La diversidad de personajes que enumera Horozco no es tal. Compadrazgo, hermandad, amistad, son aquí sin duda sinónimos (lo confirma *Autoridades*, ss. vv.), y parentesco no es otro que el que se adquiriría con el padrinzago, el cual proscibía las relaciones sexuales entre quienes compartían ese compromiso (*ibid.*, s. v. *compadre*) y de ahí el "ni a las veces" de la última línea. Todo parece reducirse, pues, al círculo de los amigos. Pero el amigo, sobre todo el que da muestras de más fidelidad —observa Quevedo en *El mundo por de dentro*, ed. cit., p. 206— es quien añade "emba-

²⁹ La nuez de ballesta, dice Alonso Hernández en nota al refrán, alude a los cuernos, porque "solía hacerse con el cuernecillo que nace en la base de la cornamenta de los ciervos".

razos en la cabeza y trompicones en el pelo” del marido confiado, porque “le admiten y se fían dél y le abren la puerta todas horas”.

REPENTISTAS DE BUEN HUMOR

Así califica Alfonso Reyes³⁰ a quienes él imagina improvisaron los refranes, y si lo mismo se puede decir de los que acuñaron éstos, el caso es averiguar por qué.

Para Lázaro Carreter, refranes de este tipo y otros parecidos son alivio en todo lo que —por medio del mismo refranero “diluido en la conciencia lingüística del hablante”— prescribe, presiona, controla (art. cit. *supra*, nota 2).

Combet los ubica entre los que denomina “críticos”, porque, aun en su brevedad, son juicios satíricos y humorísticos del medio que presentan y de los hechos que describen. Los que aquí se leen lo son, porque, a diferencia de los rotundamente misóginos, en éstos “la femme apparaît en tant qu’auteur d’actes certes répréhensibles —du point de vue de la morale officielle— mais qui suscitent parfois davantage le sourire amusé ou complice que l’indignation véritable”, y porque la mujer reacciona como individuo ante reglas impuestas por el hombre (*Recherches*, p. 281).

En todo caso, no sólo el refrán es crítico. El registro (no diré la acuñación) de éstos coincide, en época por lo menos, con los textos que he citado arriba, y de creer los sarcasmos de Quevedo, el adulterio alcanzaba proporciones de epidemia nacional:

Ha de llegar el tiempo en que ha de ararse en España con maridos, y se ha de llamar yunta a los desposados y vacadas a los barrios; aunque con la sobra de mujeres, se ha cogido tanto cornudo este año que valen a güevo. Y es gran borrón de la profesión; que antes, cuando en una provincia había dos cornudos, se hundía el mundo, y ahora, señor, no hay hombre bajo que no se meta a cornudo, que es vergüenza que lo sea ningún hombre de bien. Que es oficio que si anduviera el mundo como había de andar, se había de llevar por oposición como cátedra y darse al más suficiente. . . .
(*El siglo del cuerno*, pp. 46 ss.)

Ahora bien, ni el que sean alivio, ni el que sean críticos, ni el que sean abundantes³¹, son datos suficientes para creer que

³⁰ “De los proverbios y sentencias vulgares”, *Obras completas*, F.C.E., México, 1955, p. 165.

³¹ Es grande la desproporción —observa Combet— en el número de re-

"estos refranes inventaron mujeres". Antes a la inversa. Si observamos la letra del refrán (incluso los textos), aun cuando la mujer aparezca como "autora de actos reprochables", no es protagonista; lo que destaca es el marido, nada vengativo, despreocupado de su honra o no demasiado alterado por su pérdida. Es probable, pues, que estos "cofrades del güeso" (frase de Quevedo) dejaran salir a luz, con la burla (del drama se encargaban la crónica, la literatura y algunos tratados sobre buenas y malas mujeres³²) una situación —según quiere explicarla Engels— no ajena a la monogamia. Con ésta, dice, "aparecieron dos figuras sociales constantes y características. . . , el permanente amante de la mujer y el marido cornudo. Los hombres habían logrado la victoria sobre las mujeres, pero las vencidas se encargaron de coronar generosamente a los vencedores. El adulterio, prohibido y castigado rigurosamente, pero indestructible, llegó a ser una institución social irremediable, junto a la monogamia y al heterismo"³³. Esta explicación coincide en parte con otra menos solemne pero no menos social.

Mal Lara, que camina siempre por el canto de una hoja cuando entra en vedado, aun con todas sus reservas se arriesga a tratar la materia del adulterio porque observa que "hay de todo en ella", frase algo misteriosa con la que quiere decir, quizá, que es buen campo para moralizar, a lo que se dedica en sus comentarios ayudándose con autorizados ejemplos clásicos. Por esa razón observa Combet que "á propos du mari 'cornudo', la glose de Mal Lara affaiblit ce que le *refrán* a d'anticonformist dans une société de type patriarcal —de droit sinon de fait" (*Recherches*, p. 161,

franes sobre adúlteros y adúlteras (en la compilación de Correas, ochenta para éstas, seis para los primeros, aunque esta cantidad podría aumentarse, creo, con uno que otro de Mal Lara, Horozco y del diccionario de O'Kane); ¿sería torpe dudar de que esa desproporción se debe a que el adulterio del hombre era menos condenable que el de la mujer? Hay, dato curioso, un solo refrán que alude a los cuernos de la mujer: «Vaya mocha por cornuda» (*Teatro*, 3027; *Vocabulario*, p. 515; *Filosofía*, C 6,21); sólo Mal Lara insiste, y no mucho, en ello. Creo que lo mejor es atenerse a la explicación de Correas, que dice simplemente "tal por tal".

³² Para no salir del refranero, pienso en uno de los textos recopilados por Sbarbi, *Diálogo en laude de las mujeres*, de JUAN DE ESPINOSA (1580), curiosa y pesada defensa, y buena muestra de que para el intelectual del siglo XVI "buenas mujeres" eran las mismas que en el siglo primero de la era común elogiaba Plutarco, cuya prole literaria es muy conocida como para repetirse aquí.

³³ *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, en *Obras escogidas de Marx y Engels*, Progreso, Moscú, 1971, t. 2, p. 224.

nota 77)³⁴. De acuerdo; inconformidad con códigos —civil, religioso, consuetudinario— que norman esa parte de la sociedad a la que va dirigida el refrán. Al parecer, allí donde esos códigos no rigen —o por lo menos desempeñan otra función— el adulterio pierde el significado que tiene en el refranero, en la sátira, en la tragedia. Alonso Hernández no lo encontró en el léxico de germanía, y concluye de ello que en el conjunto conocido como “bajo mundo” —al que norman otras leyes, y recurre al matrimonio sólo para salvar a un condenado del patíbulo—, no existe tal noción ni término que la identifique. De allí puede extraerse la conclusión, simple pero riesgosa, que de no haber códigos no habría engañados o que su letra es abono para el engaño.

MARTHA ELENA VENIER

El Colegio de México

³⁴ Mal Lara no es santo de la devoción de Combet (véase *Recherches*, pp. 151-162). Con pruebas textuales, señala este crítico el disimulado maltrato del sevillano hacia su maestro Hernán Núñez, y somete a tan minucioso escrutinio su alegado erasmismo y su temerosa prudencia, que apenas sirven de contrapeso los conocidos estudios de F. Sánchez y Escribano, Américo Castro y Antonio Vilanova. En cuanto a las glosas, dice: “Mal Lara reste trop souvent prisonnier de la tradition médiévale du recours constant aux ‘auctoridades’ —si fastidieux au goût de notre époque” (p. 154). Con esas “auctoridades” Mal Lara procura quitar el peso a los refranes de adulterio (de ahí el *affaiblir* en la cita). Creo —y esto no es polémica— que el lector al que se dirigía Mal Lara (tendría, supongo, su mismo estrato social, educación y gustos) encontraba persuasivos esos ejercicios de retórica. En lo que a *gusto de nuestra época* se refiere, es para mí evidente, porque tengo mejor perspectiva, que el refrán escapa siempre a la carga erudita (o moralizante) de la glosa y que el enorme esfuerzo por negarlo o contradecirlo ayuda, con frecuencia, a la risa; véase, por ejemplo, la extensa justificación científica del refrán «¡Ay, qué trabajo vezina! el ciervo muda cada año el penacho y vuestro marido cada día»; o la quizá no intencionada comicidad del comentario en «Alexandre es cornudo, sépalo Dios y todo el mundo» y «Por sí o por no, marido señor, poneos la capilla».